

ON THE PROFESSION

El futuro de los estudios latinoamericanos en las universidades estadounidenses Una perspectiva desde Miami

ROBERTS *continued*

por CRISTINA EGUIZABAL | Florida International University | Cristina.Eguizabal@fiu.edu
y ANA MARÍA BIDEGAIN | Florida International University | bidegain@fiu.edu

that they provide a cheap substitute for area programs, such as Latin American Studies, that provide an interdisciplinary, in-depth knowledge of an area, its languages, culture, politics and socio-economics. Latin American Studies when practiced properly is expensive. At Austin, we would like to ensure that all Latin American Studies students at both graduate and undergraduate level spend part of their time in Latin America, learning and/or perfecting a language, taking disciplinary courses in local universities, undertaking small-scale research projects and engaging in service oriented internships. Tuition and living costs may not be substantially higher than those at Austin, but cannot be offset, as they are here, by various forms of part and full-time employment. This is becoming a substantial deterrent to study abroad as the economic crisis reduces savings and limits parental contributions.

To end on a positive note, we are experiencing an increase in applications for Latin American Studies graduate work and the climate for collaboration both on our University's side and on that of our colleagues in Latin America is as good as its ever been in my twenty odd years of being attached to UT at Austin. ■

Cuando las universidades estadounidenses incorporaron a los estudios de área en sus planes de estudio, los estudios latinoamericanos constituían las joyas de la corona. Los países de América Latina eran todavía lugares exóticos, relativamente poco conocidos, pero al mismo tiempo suficientemente cerca desde el punto de vista geográfico para ser accesibles en un día de viaje a más tardar. Para rematar, tanto el español como el portugués eran fáciles de aprender. Treinta años más tarde, los “latinos” hemos dejado de ser exóticos para convertirnos en una “minoría” que está presente en todos los estados de la Unión y posiblemente solo en los lugares más remotos de Hawái haya todavía estadounidenses que no hayan tenido nunca interacciones con latinos—porque hasta en Alaska la migración latina ha estado creciendo. Dos millones de ciudadanos norteamericanos viven en México y cientos de miles de turistas originarios de este país visitan la región al año. En el mundo, solo México tiene un mayor número de hispanohablantes que Estados Unidos.

Como todos sabemos, los estudios de área fueron establecidos por el gobierno federal de Estados Unidos con el fin de construir una base intelectual a la proyección global del país después de la segunda guerra mundial. La necesidad de alimentar a la inteligencia militar en plena guerra fría llevó al Congreso a votar en 1958 la ley de Educación para la Defensa Nacional que creaba los donativos de apoyo federal a los programas universitarios de idiomas extranjeros y estudios de área. En un principio fueron administrados por el departamento de defensa. Con el desarrollo del interés por los estudios internacionales, la administración de los programas internacionales pasó a ser responsabilidad del departamento de educación bajo el Título VI de la Ley de Educación Superior de 1965. Pese a su corte liberal, las

fundaciones privadas Mellon, MacArthur y Ford fueron también importantes financiadores de los estudios de área paralelamente a los estudios internacionales que ayudaron a establecer en varios lugares del mundo, no solo en Estados Unidos. Cuando el presidente Reagan intentó hacer desaparecer al departamento de educación, fue Caspar Weinberger, a la sazón ministro de defensa, quien salió en defensa de los programas Título VI con el argumento de que los militares los necesitaban. El apoyo federal a los estudios de área se mantuvo, aunque se redujo considerablemente.

El fin de la guerra fría y la que parecía ser una marcha inexorable hacia la globalización puso, una vez más, en entredicho a los estudios de área. No solo eso: en la medida en que los programas de estudios de área se multiplicaban en las universidades, surgieron rivalidades presupuestarias con los departamentos y desacuerdos teóricos y metodológicos con las ciencias sociales que siguen considerando a los estudios de área poco rigurosos. Por otra parte la bandera de la multidisciplinareidad e interdisciplinareidad que la concentración en áreas geográficas y culturales favorecía y que los especialistas de área habían enarbolado con gusto ahora la compartían con otras áreas multidisciplinarias tales como estudios culturales, transnacionales, étnicos y de género.

Los atentados del 11 de septiembre demostraron que la historia no había llegado a su fin, que el capitalismo y la democracia liberal tenían poderosos enemigos y que el terrorismo y la guerra iban a ponerle severos límites a la globalización. La vinculación entre inteligencia/defensa y estudios de área volvió a hacerse patente sobre todo con respecto a la necesidad de conocer mejor al mundo islámico.

En lo que se refiere a los estudios latinoamericanos en Estados Unidos, la existencia de un régimen marxista en Cuba y el peligro de que se estableciera un segundo explican en gran medida sus treinta años de auge (1960-1990). ¿Por qué el declive, posiblemente el más drástico de todos los estudios de área? Porque durante ese período las vinculaciones entre Estados Unidos y América Latina cambiaron radicalmente: el comercio y la migración transformaron los patrones de relacionamiento entre las sociedades “latinas” sobre todo mexicana, centroamericana y caribeña y la estadounidense. Los cambios en las relaciones intersociales se vieron reflejados en las relaciones intergubernamentales, pero paradójicamente, las prioridades de política exterior de la gran potencia no hicieron eco de la creciente densidad de la relación. Al contrario, poco a poco la región en su conjunto pasó a segundo plano: México, Centroamérica, el Caribe y la región andina porque dejaron de ser interlocutores de política exterior para convertirse en “problemas” de política interna (desempleo, migración, drogas, bilingüismo, minorías étnicas, etc.); Brasil y los países del cono Sur, porque como aliados confiables—aunque de segunda categoría—no merecían la atención de los líderes. La región ha ido desapareciendo de la narrativa de política exterior. Basta referirse a los discursos del presidente Obama, de la Secretaria de Estado Clinton, a las columnas de Thomas Friedman o de Fareed Zakaria o a las revistas especializadas como *Foreign Affairs* y *Foreign Policy*.

El problema en no ser prioridad de política exterior no es solo que en el Departamento de Estado, el Pentágono o el Consejo de Seguridad Nacional las decisiones que nos conciernen sean tomadas por burócratas de segundo nivel a menudo sin experiencia política (aunque sí con mucha en política burocrática). El problema es que la baja

prioridad se refleja en otras dimensiones tales como ayuda externa, cobertura noticiosa, financiamientos federales para la educación superior, interés profesoral y hasta estudiantil.

La crisis económica ha obligado tanto a las universidades públicas como a las privadas a recortar gastos drásticamente. Todavía no sabemos cuán mermados se verán los presupuestos para investigación y para estudios de área que tanto dependen de los fondos federales y de las fundaciones privadas. Para los estudios latinoamericanos que de por sí vienen de capa caída desde el final de la guerra fría, la crisis económica por la que atravesamos posiblemente acelerará la tendencia. La única manera de revertir ese proceso es crear una nueva narrativa para referirse a la región, que de hecho ha empezado a manifestarse.

Los temas centrados en el estado nación continuarán siendo básicos para los estudios de área, pero paulatinamente los estudios de casos nacionales—tradicionalmente mucho más relacionados con temas relativos al sistema político, los partidos políticos y la seguridad—que solían ser el pilar de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos deberán dar espacio a nuevos temas transversales, interdisciplinarios, comparativos, con propuestas teóricas y metodológicas que superen los nacionalismos metodológicos.

Los mismos procesos históricos tienden a desbordar los marcos nacionales y la formación de complejos transnacionales—y supranacionales—se han acelerado. En la región, a pesar de las dificultades, Mercosur se mantiene—y auspiciados por Brasil los estudios comparados y los intercambios académicos se fortalecen en el Cono Sur. Centroamérica se reconfigura de manera ampliada e incorpora poco a poco a Belice, a Panamá y hasta a la República Dominicana.

La Cuenca del Caribe, la otra subregión angloparlante del continente, es su corazón estratégico, un espacio de diversidad y de confluencia de subregiones. El Pacto Andino es espejo por un lado de la convulsa realidad política de la subregión y por el otro de los estrechos vínculos comerciales, sociales y culturales entre los países que la componen.

Los estudios sobre las mujeres y de género, los medioambientales, así como los de las religiones y de las migraciones, esencialmente interdisciplinarios, han ampliado las perspectivas de comprensión de la realidad social, cultural y política al poner sobre el tapete problemas otrora considerados marginales que en América Latina tienen una relevancia regional y una existencia transnacional. Los estudios étnicos sobre los pueblos originarios y la diáspora africana proporcionan nuevos elementos para la búsqueda de modelos políticos y económicos multiculturales, por definición menos excluyentes.

La relación de los pueblos latinoamericanos con el mundo ibérico es otro objeto de estudio que exige un cambio de enfoque que abandone la exclusiva concentración en el mundo ibérico colonial y dé cuenta de la contemporaneidad y del flujo creciente de intercambios múltiples. Asimismo se impone una nueva comprensión de la presencia “hispana-latina-caribeña” en la formación de Estados Unidos que definitivamente la reconozca e integre en su narrativa histórica y como componente de su identidad. Es el punto de encuentro entre la historia, los estudios étnicos (latinos) y los de migración.

Todas estas dinámicas que impactan a la región y que la redefinen requieren cada día de nuevas aproximaciones. No es que los estudiosos latinoamericanos y los académicos latinoamericanistas no abarquemos todos estos temas, lo hacemos

Inequality and Violence in Latin America

EGUIZÁBAL y BIDEGAÍN *continued*

pero de manera aislada. Necesitamos una narrativa más integradora que al tiempo que explique la heterogeneidad de la región y la complejidad de sus procesos sociales incluyendo aquellos que la vinculan con Estados Unidos, dé cuenta de la gran importancia de la relación para ambas partes. El resurgimiento de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos dependerá de su capacidad de renovarse. Solo así superaremos las crisis, económica y epistémica, por las que atravesamos. ■

Repensando os elos entre violência e desigualdade

por ANTONIO SÉRGIO ALFREDO GUIMARÃES (USP)

Esta seção de Debates do *LASA Forum*, que antecede o Congresso do Rio de Janeiro, voltado para “Repensar as Desigualdades”, é dedicada a discutir a relação entre desigualdades e violência na América Latina. O tema não poderia ser mais oportuno diante do aumento crescente de formas brutais, extra-estatais e ilegais de violência que se institucionalizam em espaços controlados pelo narcotráfico em países como México, Colômbia e Brasil; enquanto práticas policiais inconstitucionais continuam fora do controle judicial em quase todos os países do continente. Que relação tem tais formas de violência com as desigualdades sociais do continente? A relação não é simples, e os especialistas que convidamos para debatê-la nos esclarecem sobre muitos dos seus aspectos conhecidos e lançam novas luzes sobre ela.

Abrindo o debate, Rosemary Thorp e Mariza Paredes fazem um balanço das teorias de etnicidade e de movimentos sociais para pensar a relação entre Desigualdades, Etnicidade e Violência Política. Ainda que empiricamente ancoradas em dados obtidos em alguns países da América Latina, especialmente o Peru, elas ampliam teoricamente estes resultados ao colocá-los em perspectiva mundial.

Continuando o exame empírico de casos, Sérgio Adorno e Nancy Cárdua reconhecem os inegáveis avanços democráticos em países como o Brasil, em que grupos de direitos humanos tem presença efetiva no campo político, a imprensa é livre, mas, a despeito disso, o Estado de Direito funciona de modo precário em grandes áreas do território nacional e em que práticas de tortura e

assassinatos de oprimidos e oponentes continuam a ser empregadas contra a população pobre ou os infratores da lei, tal como definidos por potentados locais aparelhados nas polícias ou em outras esferas do estado. Esta forma violenta de estado, edificado para a opressão dos conquistados e para o desmantelamento de qualquer resistência à metrópole, sobreviveu à Independência e passou a conviver com as formas republicanas liberais das novas nações latino-americanas. O que há de novo, nos convencem Adorno e Cárdua, é o espraiamento de tal violência para a sociedade civil. Assim, o período atual, de maior de democratização da sociedade brasileira, é acompanhado de acréscimo sem precedentes de crimes violentos, tortura e corrupção. Até que ponto a manutenção das desigualdades de acesso à renda econômica e aos direitos sociais alimenta e generaliza os atentados à segurança individual e o desrespeito à vida?

É justamente a mudança da forma tradicional de policiamento, baseada em hierarquias militarizadas, para outra mais flexível, voltada para a prevenção, sob controle dos cidadãos, o objeto da análise de Mark Ungar. Por que os estados latino-americanos estão presos em impasses, reproduzindo as formas coloniais do passado, sem conseguir implantar, ou fazer com que as reformas realmente funcionem em direção virtuosa e democrática? A resposta de Ungar é clara: a pressão da sociedade por resultados de curto prazo, tanto quanto as deficiências de gestão, auditoria e investigação das instituições de justiça criminal fazem com que as reformas de longo prazo acabem por ficar nas intenções e nas leis, sem romper o círculo vicioso onde germinam as desigualdades sociais e a insegurança pública. A formação de grupos de interesses de funcionários, ao se generalizar pelos aparelhos do estado, acaba por usurpar os poderes que deveriam